



23 de febrero de 1879

LA CARIDAD

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas,

Dije hace unos días en el recreo que consideraría feliz un alma que nunca necesitara retomar todos los principios de la vida religiosa. Pero, hablando en serio, no, no la consideraría feliz, porque creo que estaría en la ilusión, si pensara que nunca tendría que retomar la humildad, la paciencia, la obediencia, la pobreza, la caridad. Todas estas virtudes, que son el fundamento y la esencia de la vida religiosa, pueden crecer tanto, tienen tanta perfección, que siempre se debería trabajar en un punto u otro, sin cesar ni detenerse jamás.

Hoy, en la carta de san Pablo, se nos recomienda la caridad. Sabéis que la caridad siempre ha sido considerada como el resumen de la Regla de San Agustín. Esta Regla comienza por ella. Todas las hojas, todas las páginas, todas las palabras están animadas por un admirable espíritu de caridad. Hay otras reglas de cuyo espíritu puede decirse que es un espíritu de silencio, de pobreza, de austeridad. En esta, el espíritu de caridad lo anima todo.

El fundamento sobre el que debemos asentarnos es que todo cristiano está absolutamente obligado a amar a Dios más que a sí mismo y sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo por el amor de Dios. Muchas veces es necesario ver si el alma tiene realmente este amor preferencial por Dios, ese amor necesario sin el cual no está asentada en la caridad, pues San Pablo decía que si uno no tiene caridad, no tiene el carácter de hijos de Dios, de amigos de Dios.

En el orden de la perfección, esta caridad va creciendo, hasta grados inconmensurables; todos los días se pueden adquirir nuevos. Una cosa que me conmovió en los últimos momentos de la Hermana Marie-Catherine¹ es que su única preocupación era, con la ayuda de los sufrimientos y de la caridad, adquirir durante su enfermedad todos los grados de amor que podría haber adquirido en su vida.

Cada una de nosotras, tenemos que adquirir un cierto grado de amor de Dios. Esta debe ser nuestra gran preocupación. Dios nos tiene preparada una medida, una plenitud de su amor que debe ser nuestra gloria en el cielo y nuestro gozo aquí abajo. Así pues, hagamos todos los días progresos en el amor de Dios. Este amor es de todas las virtudes Es su fundamento, es su fin. Que nuestra gran preocupación sea siempre

¹ Marie Saint-Martin.

avanzar en él, y también avanzar en el amor del prójimo, que viene inmediatamente después en el mandamiento de Dios.

San Juan dice: *El que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo amará a Dios a quien no ve?*² Por tanto, por Dios y para Dios, tenemos que amar a nuestro prójimo, soportarlo, ser bueno con él, ser bueno con todos los prójimos, porque todos llevan la imagen de Dios. Si sólo fuera con el prójimo que te agrada, ya sabes lo que dice nuestro Señor en el Evangelio: *¿No hacen lo mismo los pecadores?*³ son amables con los que les agradan, muestran ternura a los que quieren. El carácter del cristiano es, por causa de Dios, tener caridad para todos. Esta caridad hace progresos siempre sensibles, siempre mayores.

Nuestro Señor dijo: *En esto conocerán que sois mi discípulos, si os amáis los unos a los otros;*⁴ primero, las unas a las otras en la comunidad, luego unos para otros en toda la Iglesia. La fe hace ver la imagen de Jesucristo en cada cristiano. Por Jesucristo amamos a este otro cristiano. El amor llega hasta la entrega, que prefiere el bien de los demás a los suyos, como dice la Regla: *En la preferencia que deis a los intereses comunes sobre los particulares, mediréis vuestro adelanto*⁵

Estamos entrando en Cuaresma, este tiempo de adoración, de reparación, de oración, este tiempo de expiación y preparación también. Entremos en él por la caridad. Desarrollemos la caridad en nuestros corazones. Oremos por los pecadores, oremos unas por otras; pidamos la perfección las unas de las otras. Tratemos de ser ardientes, ardientes primero para Dios, luego a causa de Dios, ardientes en la caridad fraterna, que ejercitamos sobre todo amando a la Iglesia. En ella encontramos todas las almas, todos los miembros de Jesucristo. Debe ser el objeto eminente de la caridad. Ejerceremos esta caridad a través de la oración, el sacrificio, el olvido de nosotras mismas, la mortificación, todas aquellas obras que dan fruto, no sólo para nosotras, sino también para los demás, cuando ponemos la intención de serles útiles.

Añadiré a esto, hermanas mías, que en el examen particular, en la meditación, en los esfuerzos que hacéis, no sabría recomendaros demasiado, tengáis siempre alguna virtud en la que estéis trabajando en particular. El Padre Surin en una de sus obras dice: *¿Qué es una persona que tiende a la perfección? Es una persona que tiene siempre un propósito espiritual, un punto de perfección en el que está trabajando incesantemente, que siempre tiene ante sus ojos algo bueno, algo santo, a lo que se aplica. Se aplica a ello por la oración, por las obras, por la mortificación, por la atención a producir actos de esta virtud, a adquirir una semejanza con nuestro Señor, para llenarse de tales y tales sentimientos.*

Porque muchas cosas contribuyen a esta obra de perfección que tenemos entre manos. Mientras que una persona que es cobarde, que es descuidada, que trabaja un poco en esto, un poco en aquello, a menudo en nada, va adelante, guardando cierta observancia; pero no camina con el ardor, la firmeza, el coraje de un alma totalmente aplicada a una meta determinada, a una obra bien definida de perfección.

Comprendéis que si en vuestra vida tenéis una cosa especial, particular, a la que aplicar vuestros actos, vuestros pensamientos, que no deja lugar a otros deseos, a otras preocupaciones, os convertiréis en almas perfectas, porque ya una cosa, ya otra

² 1 Jn 4, 20.

³ Mt 5, 46-47

⁴ Jn 13, 35.

⁵ Regla de San Agustín

se perfeccionará en vosotras. Os aplicaréis a la semejanza con nuestro Señor ya sea en una virtud, ya sea en otra.

Hoy os recomiendo esta semejanza con nuestro Señor en la caridad que es, en verdad, el espíritu de vuestra Regla.